

## El manco del carrillo

FRANCISCO LIZCANO ALHAMBRA

Cuantos recuerdos me trae la estampa de este chico del paseo de mi tiempo, después de tantos años de silencio y de cambios increíbles.

Es uno de los factores representativos de la vida local y aún de la comarcal de su época y precisamente por su incapacidad y por sus admirables cualidades compensadoras.

Cuando tenía catorce años se embromó con otros para ir al carnaval de Criptana sin dinero, se engancharon en un mercancías y se cayó cortándole el tren el brazo derecho.

Ya mayor lo emplearon en el transporte de la correspondencia desde la estafeta en la Castelar, la casa más arriba de la confitería de Julio Espinosa, a la estación y viceversa, las veces necesarias cada día, por un duro de sueldo, comprendiendo el cuidado de la mula de su propiedad, su herraje y las reparaciones del carrillo.

Vivía con su hermana, la mujer del moreno el mozo de equipajes -Gregorio Monreal Ramos, (Chozá)-, en el rincón de la fuente, a la derecha. Lo del fondo del rincón lo utilizaba de cuadra y de porche para el carrillo. Los Alhambras, o sea los Caleros, predominaban en el rincón, por eso Saturnino el carbonero, que era Alhambra, se hizo allí el nido, porque su madre, primera esposa de Daniel el del agua, era hermana de la del manco y de la mujer de Chozá.

Era mas bueno que el pan y mucho tiempo hizo el transporte diario de la correspondencia de Herencia a Alcázar, saliendo de aquí a las cuatro de la tarde y volviendo a las nueve de la noche para enlazar con los correos con una puntualidad cronométrica, hasta el punto que su paso por el Cristo y el paseo y el ruido acompasado de sus ruedas a distancia con un tono propio de su marcha, servía de indicador para saber la hora.

Era un servicio de responsabilidad el que prestaba porque entonces circulaban mucho los pliegos de valores que eran unos sobres especiales en los que iba el dinero efectivo, cosido con buen hilo y lacrado en el pico central y en los cuatro ángulos de las solapas. Su importancia puede deducirse del hecho de que todas las tardes salía de correría una pareja de la Guardia Civil para darle escolta desde donde lo alcanzaban que solía ser por el río, que se subía con él y venían juntos hasta la esquina de Reguillo.

Nunca fue desmañado, pero la necesidad le hizo más habilidoso y uncía y desuncía la mula con mucha facilidad, entraba y sacaba el carrillo y le hacía de trabajar a todo su cuerpo.

Fumaba bastante, como Chozá y como entonces todo el mundo se hacía los cigarrillos, él se las arreglaba con la mano zurda y una esterilla de aquellas que vendían para ese objeto y le salían perfectos como puede verse en la fotografía, aunque se quemaba los camisones por llevar el pito en la boca y caérsele las "bolliscas".

Lleva el traje de pana habitual, los alpargates blancos con su cinta negra corrida a lo albarca y la chaqueta de dril porque era verano y obsérvese la maña de meterse la gorra en la sangría del brazo bueno estando fumando. Entonces no se vendían ropas hechas y lo demuestran la forma de la chaqueta y la colocación de los botones.

El manco vivió en paz y en gracia de Dios, sin quebrantos, porque no se casó y haciendo gala de su buena salud y fortaleza, ayudando en las bodegas de los Carabinas y en los agostos en los largos trabajos de la era, porque hace más el que quiere que el que puede y el manco quiso siempre más que podía.

No faltará todavía quien recuerde como yo las excelentes cualidades del manco del carrillo, notabilísimo rasgo alcazareño por ser general en su época y orgullo de los observadores del lugar que se les llenaba la boca de decir que en Alcázar nunca pasaba nada. Y era verdad.

